

emperador y el otro con el príncipe Napoleón, dando también una vuelta de vals con el soberano. Luego son presentados algunos extranjeros distinguidos, entre otros el conde de Bismarck, ministro de Prusia en Francfort.

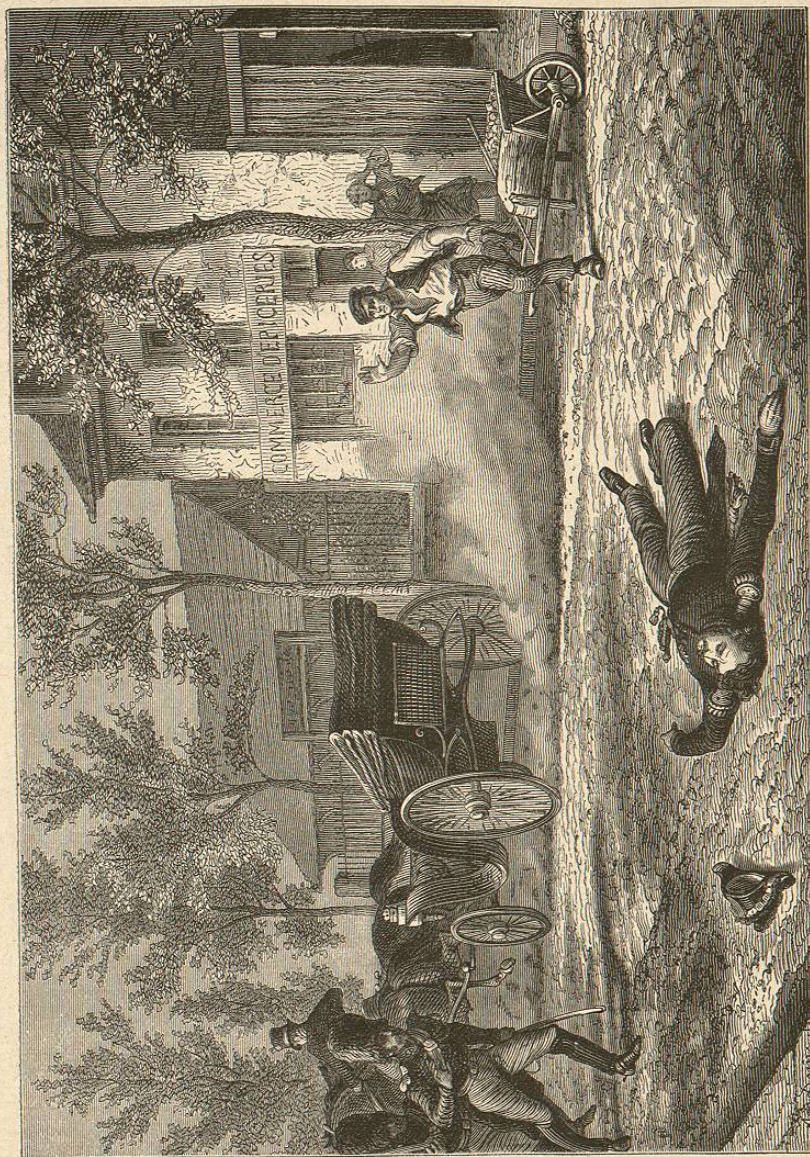
Después se pasa á la sala de espectáculos, donde se sirve la cena en mesas pequeñas de diez cubiertos, presidida cada cual por una dama. La mesa imperial y real está en medio de la sala, se eleva sobre todas las demás y á ella toman asiento nueve personas: la reina, el emperador, la emperatriz, el príncipe Alberto, el príncipe de Gales, la princesa Victoria, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde y el príncipe Adalberto de Baviera.

Terminada la cena regresan á la galería de los Espejos, y el emperador vuelve á bailar un vals con la princesa Victoria. ¿Cómo había de pensar que aquella encantadora joven de catorce años, á quien tanto le complacía hacer bailar, sería más tarde la esposa del principal autor de la catástrofe de Sedán? ¿No sería curioso asunto para un cuadro de género Napoleón III valsando con la joven princesa Victoria en la galería de los Espejos, delante de Bismarck mezclado con la multitud de cortesanos? ¡Ah! ¡Qué dicha es que los mortales no puedan adivinar el porvenir! ¡Qué estremecimiento helaría la sangre del emperador si hubiese podido prever que aquella grandiosa galería, lugar de triunfo y de apoteosis, sería para los heridos y moribundos una ambulancia durante el año fatal, y que al siguiente los vencedores de Francia proclamarían en ella con toda solemnidad el imperio de Alemania!

Mas en medio de una fiesta magnífica no podía haber presentimientos sombríos. Napoleón III, contento con su suerte, está lleno de gozo por haber recibido á la reina de Inglaterra, y al fin del baile le dijo: «Es cosa terrible que esta sea la penúltima noche que os tenga á mi lado; mas confío en que volveréis. Como ya nos conocemos ahora, podemos vernos en Wíndsor y en Fontainebleau sin gran ceremonia. ¿No es verdad?»

Domingo, 26 de agosto. Las grandes fiestas han terminado, y el último día de permanencia en Saint-Cloud se pasa como en familia. El 26 de agosto es el aniversario del príncipe Alberto, que nacido el 26 de agosto de 1819, acaba de cumplir treinta y seis años. La reina, que profesa á su esposo una especie de adoración, le dirige una tierna felicitación, en la cual toma parte el emperador dando cordialmente la enhorabuena al príncipe. «Escuchad, dice después del almuerzo, se va á tocar en vuestro honor un fragmento de música de mi composición.» Todos salen al balcón, el emperador grita «¡Comenzad!» y al punto trescientos tambores, conducidos por sus tambores mayores, hacen oír un redoble estrepitoso, repitiéndole dos veces.

Por la mañana, la reina se ha paseado en faetón con el emperador, y durante este paseo la soberana le dice: «Hay una cosa que quiero haceros comprender bien, y es la amistad que conservo á los príncipes de Orleáns. — Comprendo muy bien, contesta Napoleón III, que no los abandonéis en la desgracia. En cuanto á mí, no tengo ninguna animosidad contra ellos, pues he dejado en



Muerte del duque de Orleáns en el camino de la Revolte

sus destinos á todos sus partidarios. Supongo que habréis dicho á la reina María Amelia que me complacería que pasase por Francia en su viaje á España.» La reina Victoria hace el elogio de la viuda de Luis Felipe y de sus hijos, y ensalza su buen tacto y su discreción. «Sí, replica Napoleón III; pero es de sentir que sus agentes mantengan relaciones continuas con mis peores enemigos. — ¿Qué queréis?, contesta la reina. ¿No es natural que los desterrados se inclinen á conspirar? ¿No conspirabais vos mismo?» El emperador termina esta conversación proponiendo á la reina acompañarla durante el día á la capilla de San Fernando, santuario construído en Neuilly á la derecha del camino de la Revolte, en el terreno ocupado antes por la tienda de ultramarinos donde el duque de Orleans, hijo primogénito de Luis Felipe, exhaló el postrer aliento el 13 de julio de 1842. El desgraciado príncipe iba aquel día en un coche ligero desde las Tullerías al palacio de Neuilly, donde estaba su padre. Al llegar al citado camino de la Revolte, cerca de la puerta Maillot, se desbocaron los caballos, y el hijo de Luis Felipe, que era muy ágil y ejercitado en la gimnasia, saltó del coche; pero habiendo calculado mal el impulso, la violencia del choque al llegar al suelo le ocasionó probablemente una conmoción cerebral; el caso es que perdió el equilibrio, cayó de espaldas y quedó tendido en el camino. Le trasladaron á una tienda de comestibles allí próxima, á la que acudió toda la familia real. El duque no volvió en sí, y después de algunas horas de agonía expiró. A la sazón tenía treinta y dos años.

La reina Victoria aceptó la invitación de Napoleón, y visitó la mencionada capilla erigida en memoria de tan triste acontecimiento.

Después de almorzar, el emperador y la emperatriz hacen sus regalos al príncipe Alberto con motivo de su cumpleaños. La emperatriz le da una magnífica copa de marfil muy bien montada, y el emperador le regala el cuadro que agradó al príncipe en la Exposición, es decir, *La Pendencia*, de Meissonier. Luego van á la capilla de San Fernando: Napoleón III compra á una vendedora una medalla conmemorativa del duque de Orleans y de la capilla, y se la da á la reina, diciendo: «Guardadla como recuerdo.» Por la noche, á la comida íntima sigue un concierto clásico, que es la música preferida del príncipe Alberto.

XLIII

LA MARCHA DE LA REINA

Lunes, 27 de agosto de 1855. Es el día de la marcha, y la reina Victoria escribe por la mañana: «Hoy, en mi habitación tan bien decorada, en este hermoso palacio de Saint-Cloud, y oyendo el rumor de las frescas fuentes que llega hasta á mí, quiero escribir algunas palabras de despedida. Estoy profundamente agradecida por los ocho felices días que he pasado aquí. ¡Que Dios bendiga á Inglaterra y Francia, y que proteja particularmente la preciosa vida del emperador!» El tiempo es caluroso, pero magnífico. La emperatriz ofrece á la reina un hermoso abanico con una rosa y un heliotropo del jardín, y á la princesa Victoria un brazalete adornado de rubíes y brillantes que sirven de marco á un pequeño medallón, el cual contiene cabellos de la soberana. A las diez y media la reina y su familia salen con sentimiento del palacio, en compañía del emperador y de la emperatriz. En el camino encuentran algunos heridos de Crimea, y entre ellos algunos zuavos, «mis favoritos,» como los llama la reina. Pasan bajo la bóveda del Arco de Triunfo de la Estrella, y llegan á las Tullerías, donde la emperatriz se despidió de la reina, del príncipe Alberto, de la princesa Victoria y del príncipe de Gales, que marchan á la estación del Este, debiendo acompañarles hasta Boulogne-sur-Mer el emperador y el príncipe Napoleón.

La salida de París no es menos solemne que la llegada: la misma multitud, el mismo entusiasmo, las calles de Rívoli, de Castiglione y de la Paz, y los bulevares en toda su extensión hasta la estación del Este, están empavesados y tienen colgaduras; por dondequiera se ven trofeos, escudos, pórticos y arcos triunfales. Todos aquellos que no habían podido contemplar las facciones de la reina, á causa de la hora avanzada en que llegó, quieren desquitarse el 27 de agosto de la privación que sufrieron el día 18.

A las once resuena el estampido del cañón, los tambores redoblan y las tropas presentan las armas. El cortejo se pone en marcha por el orden siguiente: el general Renaud, comandante de las tropas y su estado mayor, un escuadrón de guías con su música á la cabeza, cuatro batidores, cuatro coches de dos caballos y otros tres en que van lord y lady Cowley, el marqués de Breadalbane, la marquesa de Ely, el marqués de Abercam, lord Alfred Paget, miss Bulteel, miss Hildgard, el coronel Phipps, el coronel Biddulph, sir James Clark, Monsieur Pousomby, M. Gibbs, el duque de Bassano, el duque de Cambaceres, el